

ñeros, el cronista, lleno de profunda emoción, cree que sueña, que no hay diversas nacionalidades, que no hay inmensas distancias, que las vastas tierras donde se habla el maravilloso idioma del Manco Divino no son sino una y grande patria; y que Villaespesa, nada menos que Villaespesa, es el que nos alienta y nos impulsa.

CÉSAR E. ARROYO

Madrid, 1916.

## BALADAS DE CETRERÍA

## I

¡La cabalgada!... ¡La cabalgada!...

Entre una nube  
de polvo que hasta los cielos sube,  
por lo más agrio de la quebrada,

mientras la trompa ronca y sonora  
con sus agudos clamores hiende  
la cristalina paz de la aurora,  
la cabalgada veloz descende!...

Veloz desciende la cabalgada  
 por lo más agrio de la quebrada,  
 buscando el valle fértil y umbrío  
 donde aún la sombra nocturna humea...

El verde valle donde azulea  
 como una cinta de plata, el río,  
 que, entre alamedas y entre sauzales,  
 va desgranando las musicales  
 sonoridades de sus querellas!...

Suena, en el fondo de sus cristales,  
 un argentino temblor de estrellas!

## II

Mueren los astros; brotan las flores...  
 Con el estruendo de sus clamores  
 la trompa, el claro silencio atruena...  
 Las brisas tienen sabor á mieles...

Bajo la mano que los refrena  
 piafa el orgullo de los corceles...  
 De los corceles que, resoplando,  
 la crin revuelta, trémula el anea,  
 sonoramente van galopando,  
 bañado el belfo de espuma blanca,

mientras las damas y los galanes,  
 ahogando el grito de sus afanes,  
 — gorras plumadas, nevadas tocas —,  
 hablan de cosas improvisadas...  
 ¡Y lo que acaso callan las bocas  
 se van diciendo con las miradas!...

## III

Sonoramente va galopando  
 sobre el orgullo de sus bridones...

Los gerifaltes y los halcones  
 sobre los puños aleteando,  
 entre el estruendo de los herrajes,  
 y entre el ladrido de los lebreles  
 que encadenados llevan los pajes,  
 vibran al aire sus cascabeles,

mientras sus ojos siguen el vuelo  
de alguna alondra que desde el cielo,  
en la incoherencia de sus cantares,  
alegremente rompe y desgrana  
las claras perlas de sus collares  
sobre el silencio de la mañana!

## IV

Por las laderas y las vertientes,  
desengarzando vivos diamantes,  
gárrulas, roncadas y resonantes  
ruedan las ondas de los torrentes  
en las cascadas espumeantes!...

Y á su salvaje rumor bravío  
que de frescura los aires baña,  
cruzan espamos de escalofrío  
los espinazos de la montaña!

Saltando arroyos, vallas y setos  
 en donde abren á la alborada  
 sus blancas flores los majuletos,  
 por las vertientes, á la hondonada,  
 veloz descende la cabalgada!

Y á su galope raudo y sonoro  
 crujen las jaras y los carrascos,  
 y los guijarros, bajo los cascos,  
 relampaguean chispas de oro!

Tienen las brisas calor de nido;  
 y, amarillento, tras una loma,  
 el sol naciente, curioso asoma  
 su ojo de cíclope medio dormido!

## V

El Halconero divaga errante  
 como una sombra, por los jardines...  
 Tiene la albura de su semblante  
 las palideces de los jazmines...

De esos jazmines que á la azulosa  
 y plateada luz de la Luna,  
 van deshojando su nieve en una  
 callada y lenta muerte olorosa!

Y siempre inquietas, siempre intranquilas,  
 como encantadas en sus quimeras,  
 las negras sombras de sus pupilas,  
 entre un morado cerco de ojeras,

hablan de ocultos y hondos martirios,  
 temblando como dos golondrinas  
 que se desangran entre los lirios  
 de los zarzales llenos de espinas!...

Los gerifaltes y los azores  
 en las alcándoras sueñan, en vano,  
 que encaperuce su blanca mano  
 sus calvas testas de emperadores!

Hermosas damas, de amor cautivas,  
 en balde esperan que en los jardines  
 nocturnos, giman sus bandolines  
 bajo el encaje de las ojivas!

Y cuando vaga por el bosque,  
 viendo la angustia que se retrata  
 en sus pupilas, murmura un paje  
 en el oído de una azafata,

mientras su sombra pasa y se interna  
 por la espesura: — ¡Pobre halconero!...  
 Se ha enamorado de algún lucero  
 que vió en el fondo de una cisterna! —

Y él, silencioso, sin hacer caso  
 de cortesanas murmuraciones,  
 á los jardines dirige el paso  
 cuando repican las oraciones.

Y en lo más hondo del bosque umbroso,  
 en la penumbra fragante y quieta  
 de los cipreses de la glorieta,  
 sobre un antiguo banco musgoso,

donde no llegan ecos humanos,  
 mientras la Luna los cielos dora,  
 con la cabeza sobre las manos,  
 calladamente suspira y llora!

Y al escucharle, los surtidores  
 rompen las gemas de sus querellas,  
 y se deshojan de amor las flores  
 bajo la planta de las estrellas!

## VI

¡Pobre halconero!... ¿Qué le ha pasado?  
 ¡De cuanto ha sido ya nada queda!...  
 Parece un muerto resucitado  
 vagando solo por la arboleda!...

¿Qué ocultas penas velan crueles,  
 los ojos, cuyas ardientes llamas  
 fueron desvelos de tantas damas,  
 al par que envidia de los donceles?...

¿Verdad que nadie jamás creyera  
mirar sufriendo tantos afanes,  
al halconero, que aun ayer era  
el más alegre de los galanes?...

A sus halcones cuidar sabía,  
y de cuidarlos hacía gala,  
según las reglas de cetrería  
que escribió Pero López de Ayala!

Un regio guante fué su trofeo  
en una justa... Nadie le gana  
á romper lanzas en el torneo,  
ni á la morisca ni á la cristiana!

Ni en las veladas de juglería,  
cantando trovas hay quien le venza,  
ya trove al modo de la Provenza,  
ó á la manera de Andalucía!...

¡Por la arrogancia que hay en su porte;  
por lo ingenioso, por lo esforzado,  
no hubo en las fiestas de nuestra corte,  
un halconero más celebrado!...

Nuestro Rey mismo, según usanza  
caballescaca que hay en Castilla,  
del Santo Apóstol en la capilla,  
puso en tus manos su propia lanza!

Y hasta la Reina, nuestra señora,  
calzó á tus plantas, rubio halconero,  
con sus rosadas manos de Aurora  
la espuela de oro del caballero!...

Y mientras ella te la calzaba,  
y con los ojos te sonreía,  
¿por qué tu rostro palidecía  
y tu melena de horror temblaba?...

Callaron todos, y desplomado  
al pie del ara santa caiste...

¡Y desde entonces, andas, cuitado,  
mudo, ojeroso, pálido y triste!

## VII

Por la alegría fresca y sonora  
de las agrestes sendas tranquilas  
que se despiertan bajo la Aurora,  
tiembla la plata de las esquilas.

Las vacas mugen, y los corderos  
entre los setos floridos balan,  
y un dulce aroma de miel exhalan  
los tomillares y los romeros...

Cantan arroyos entre las peñas;  
 hierven espumas en los barrancos;  
 y el azul manchan los vuelos blancos  
 de las palomas y las cigüeñas!

Y allá, en el fondo de la cañada,  
 bajo las ramas, entre el estruendo  
 de roncas trompas, se va perdiendo  
 deshecha en polvo, la cabalgada!...

## VIII

En el retiro más apartado  
 de la floresta, donde el ramaje  
 con la silvestre hiedra ha formado  
 como una gruta de verde encaje,  
 ¿quién es la dama, pálido niño,  
 que desgarrados los áureos lazos  
 y los corchetes de su corpiño,  
 medio desnuda tiembla en tus brazos;

y balbuciente y estremecida,  
 entre su boca de rosa y nieve,  
 á flor de labios, toda tu vida  
 en un inmenso beso se bebe?...

## IX

Entre sonrisas y entre canciones,  
 por lo más agrio de la quebrada,  
 torna al castillo la cabalgada  
 al largo trote de los bridones,

mientras arriba, sobre el esmalte  
 del cielo claro como un cristal,  
 sangra en las garras de un gerifalte  
 una orgullosa garza real!...

## LA CARTUJA INTERIOR

En la cartuja interior se encuentra

La cartuja interior y exterior

## I

Yo no sé qué dolor, gota á gota,  
la llovizna en la tarde lloraba...  
La campana, doliente y remota,  
á lo lejos doblaba, doblaba,

resonando, al caer, cada nota  
como un golpe de azadá que cava,  
lentamente, una tumba remota,  
tan inmensa que nunca se acabal...

¡Oh, recuerdo profuso y pesado  
de un amor al nacer malogrado,  
que cubierto de polvo se arrumba

en mi carne, insepulto y podrido,  
¿cuándo habrá de acabar el olvido  
en el fondo del alma tu tumba?...

## II

Era un grito no más!... Era un grito  
lo que al golpe del hacha surgía  
de aquel árbol, sin hojas, marchito,  
que una á una sus ramas perdía!...

Un vapor de su herida ascendía,  
como el humo sangriento de un rito!...  
Sobre el campo el Otoño llovía  
yo no sé qué dolor infinito!...

Mientras sientes los golpes del hacha  
desangrando mi cuerpo, y la racha  
otoñal de tus hojas se adueña,

¿qué esperanza te alienta, alma mía?  
¡Soy un árbol marchito que sueña  
con poder florecer todavía!...

## III

Negra nube la tarde embaraza...  
Bajo el viento el ramaje se humilla,  
y el zig-zag de un relámpago brilla  
á lo lejos como una amenaza.

— ¡Alalí! — ruge el cuerno de caza,  
azuzando á la hambrienta trailla,  
que á su presa, en la selva amarilla,  
en un ronco ulular despedaza!...

La tormenta fatídica zumba;  
 el clamor de la trompa retumba,  
 bajo el trueno, más ronco y más fuerte...

¡Y allá lejos, veloz atraviesa,  
 persiguiendo en las sombras su presa,  
 la jauría espectral de la Muerte!

## IV

El claro estruendo de las campanas,  
 bajo la lluvia se vuelve a oír...  
 A los umbrales y á las ventanas  
 gentes con luces se ven salir.

Rumor de rezos, toses lejanas.  
 Un perro, á veces, se oye gañir  
 no sé qué antiguas penas humanas...  
 ¿Quién esta noche se irá á morir?

Por la ruinoso calleja pasa  
entre repiques de campanillas,  
piadosamente la Extremaunción...

¡Señor, detente, y entra en mi casa,  
que en cruz las manos y de rodillas,  
te está esperando mi corazón!

## V

— ¡Duerme! ¡Duerme! — decirnos parece  
esa vieja y remota campana  
que á la paz de la noche aldeana  
con su voz de cristal estremece...

En el cielo y la tierra florece  
la piadosa leyenda cristiana...  
¡Bajo el Angel del Bien, toda humana  
y divina inquietud se adormece!

Todo duerme... Tan sólo, alma mía,  
tú, constante, vigilas tu empeño,  
impasible, de noche y de día,

sin dormir, sin hablar, siempre alerta!...  
¡Si pudieras dormir ese sueño  
del que nadie jamás se despierta!...

## VI

Las cancelas están herrumbrosas,  
y en las húmedas sendas del huerto,  
deshojadas y tristes, han muerto  
en un llanto de nieve las rosas.

Brota fúnebre hierba en las losas.  
El salón está triste y desierto,  
y un espejo, en las sombras, ha abierto  
sus moradas pupilas vidriosas!...

¿Quién dejó sobre el pecho cruzadas  
 esas manos tan finas y heladas  
 donde sangra entre nieve un rubí?...

¿Quién cerró sus pupilas sin brillo?  
 — ¡Con su traje de seda amarillo  
 Dama Otoño pasó por aquí!

## PERLAS ROTAS